

De las marchas por la seguridad a Milagro Sala: un análisis sobre el uso del rostro en la iconografía de protesta

**From the mobilizations for security to Milagro Sala: an analysis on the use
of the face in protest iconography**

Santiago Roberto Mazzuchini

Facultad de Ciencias Sociales;
Universidad de Buenos Aires (Argentina)
santiagomazzuchini@gmail.com

Resumen

Este artículo es un intento de problematización de los mecanismos de victimización y los regímenes de *rostridad* que se ponen en juego tanto en los discursos e imágenes sobre las víctimas de la inseguridad, como en la iconografía de izquierda, a partir de las formas de construcción de mártires, héroes y víctimas. El episodio de Milagro Sala se constituye como un acontecimiento que obliga a repensar los mecanismos dominantes de reconocimiento de las víctimas de la violencia institucional en la sociedad contemporánea.

Palabras clave: *rostridad*; victimismo; iconografía política.

Abstract

This article is an attempt to problematize the mechanisms of victimization and the regimes of faciality that are put in play both in the discourses and images on the victims of the insecurity, as in the Left iconography, from the forms of construction of martyrs, heroes and victims. The episode of Milagro Sala, constitutes an event that forces to rethink the dominant mechanisms of recognition of the victims of institutional violence in contemporary society.

Keywords: faciality; victimismo; political iconography.

Artículo recibido: 24/04/2017; **evaluado:** entre 25/04/2017 y 20/05/2017; **aceptado:** 15/06/2017.

Los acontecimientos son singularidades que generan un efecto de retroactividad sobre el pasado. Son signaturas que nos invitan a entrelazar fenómenos sociales que parecen no tener vinculación, hasta que un signo funciona a modo de abducción y crea una nueva relación. El encarcelamiento de Milagro Sala, como acontecimiento, permite pensar los modos de procesar la violencia en la sociedad actual y los modos de subjetivación dominantes. En el presente trabajo ensayaremos un análisis sobre la relación entre las víctimas de la (in)seguridad, los mártires políticos y los rostros desclasados.

La víctima en la (in)seguridad

A mediados de la década del 90, el universo discursivo de la (in)seguridad comenzó a instalarse en la Argentina como un modo mediático de referirse al delito urbano (Calzado, 2015; Vilker, 2009; Kessler, 2011). Situados en un contexto posmoderno donde no existen identidades fijas y totalizantes sino identificaciones parciales (Hall, 2003), y los lazos sociales se vuelven flexibles (Dipaola, 2013), uno de los modelos claves de subjetivación es la de ciudadanos víctimas que le solicitan al Estado políticas a la carta para lidiar con la inseguridad (Vilker, 2009).

En ese sentido, los medios de comunicación se constituyen en dispositivos claves para dar cuenta de ciertos regímenes de visibilidad que están insertos en relaciones de poder determinadas, y que operan como “máquinas para hacer ver y para hacer hablar” (Deleuze, 1990: 155). Las imágenes mediáticas, que van trazando cartografías urbanas sobre la violencia y metaforizan el ambiente social como un estado de guerra permanente contra el delito, se constituyen como una máquina de captura del dolor de las víctimas.

Así como el neoliberalismo produce sujetos que se conciben como empresarios de sí (Foucault, 2007), lo *imaginal*, esa conjunción entre las imágenes y el lazo social (Dipaola, 2013), es el ambiente donde las víctimas se vuelvan espectáculo de sí (Calzado, 2016). El dolor debe ser mostrado y los rostros exhibidos para la empatía de la población. Pero como marcan Deleuze y Guattari (2008), la producción de rostros está atravesada por mecanismos de poder, por aquellos regímenes de visibilidad que indicamos.

Para ocupar una posición de víctima en el escenario mediático, es necesario habitar una *rostridad*. Dar un rostro es identificar en base a modelos construidos por una máquina, es decir, una serie de dispositivos de poder que instituyen y organizan un cuerpo, produciendo determinadas imágenes. Si bien parecería que los medios de comunicación exhiben biografías individuales de las víctimas, reconociendo su dolor, estos rostros invadidos por primeros planos nunca son individuales, sino que “delimitan un campo que neutraliza de antemano las significaciones rebeldes” (Deleuze y Guattari, 2008: 174).

Aquella máquina de *rostridad*, como cualquier dispositivo, normaliza, lo que implica también reducir las variaciones sucesivas y acotar las desviaciones para todo lo que escapa a la relación biunívoca que instala el dispositivo. Así, esta máquina funciona en dos dimensiones: por un lado en relación a los elementos, ordenando una superficie “rostro de referencia” (hombre-mujer, rico-pobre, etcétera). Cada rostro “individual” será producido y categorizado según el ordenamiento de dichos elementos, combinando unidades. Es por esto que puede sostenerse que un individuo no posee un rostro, sino que es el rostro el que posee al individuo. La otra dimensión de funcionamiento se da desde la respuesta selectiva, ya que esta máquina rechaza los rostros inadecuados, aquellos que no corresponden a categorías preestablecidas. La *rostridad* implica una producción social de rostro que genera “rostrificación de todo el cuerpo, de sus entornos y de sus objetos” (Deleuze y Guattari, 2008: 183). El cuerpo se encuentra codificado por esta gramática, producto de la intersección de un eje de significancia (pared blanca que soporta al significante) y un eje de subjetivación (agujero negro que soporta la subjetivación). Dar un rostro es identificar en base a modelos construidos por la máquina de *rostridad*, un dispositivo de poder que instituye y organiza un cuerpo y produce imágenes.

Innumerables son los casos de víctimas no reconocidas por el estado de la opinión pública. Uno de los casos paradigmáticos es el de Luciano Arruga, adolescente que estuvo desaparecido desde el 31 de enero de 2009 hasta el 17 de octubre de 2014, día en que sus restos fueron encontrados enterrados sin nombre en el cementerio de la Chacarita.

Luego de su desaparición, los familiares -acompañados por organizaciones sociales-, denunciaron que el joven había sufrido amenazas y una detención seguida de tortura por parte de la policía bonaerense, luego de que se negara a robar para dicha fuerza de seguridad. Tanto su madre como su hermana tuvieron que movilizarse incansablemente para que su retrato tuviera reconocimiento público, luchando contra los estereotipos que lo enmarcaban en la categoría de “pibe chorro”.

Rostros como el de Luciano, criminalizados, no suelen masificarse porque sus casos dan cuenta de un tipo de violencia no reconocida como parte de la problemática de la (in)seguridad (Mazzuchini, 2011). Ni los jóvenes violentados por las fuerzas policiales ni las familias

“impuras”, pueden *presentificar* el lugar de la víctima legítima que los medios imponen. Por lo tanto, se hace necesario pensar “la relación del rostro con la máquina abstracta que lo produce; la relación del rostro con los *agenciamientos* de poder que tienen necesidad de esa producción social del rostro” (Deleuze y Guattari, 2008: 186), para finalmente afirmar que la difusión de ciertas figuras que encarnan el dolor se corresponden con una política y que los mecanismos de victimización no son inocentes.

Si bien la (in)seguridad es una discursividad hegemónica, como indica Pedro Cerruti en *Genealogía del victimismo* (2015): “la figura de la víctima ha llegado a ocupar un lugar dominante entre los tropos culturales que configuran nuestro campo de experiencia” (Cerruti, 2015: 9). Ocupar ese lugar en el terreno de los discursos securitarios se ha vuelto un privilegio mediático, que habilita la producción de figuras morales, pre-políticas, cuyo modelo es la imagen de Juan Carlos Blumberg, padre de Axel Blumberg, joven secuestrado y asesinado por sus captores en 2004. Luego de la pérdida de su hijo, Juan Carlos ha liderado movilizaciones con gran apoyo mediático, que generaron modificaciones punitivas en el código penal (Calzado y Van Den Dooren, 2016).

Como un singular que deviene ejemplar (Agamben, 2009), cada rostro que encarna el dolor produce una red de identificaciones que conforman el confuso colectivo de “la gente”. Esta subjetividad, cuyo dispositivo es el *victimismo*, escoge de manera selectiva quienes podrán encarnar la figura de la víctima. La victimización es un proceso que transforma a quien lo padece en un héroe, equivalente a las estrellas de la industria cultural. Así lo ilustran, por ejemplo, Eliacheff y Larivière:

La víctima comparte con el deportista esta definición de héroe moderno, salvo que la víctima (¡menuda diferencia!) no ha elegido esta distinción que amenaza su existencia ¿Cómo conservar el sentimiento de haber elegido la propia vida cuando sufrimos un perjuicio, si no es reivindicando la búsqueda de un tercer responsable que venga a garantizar que no somos juguete de un destino caprichoso? Privado de un más allá oficial donde arreglar las cuentas, la sociedad democrática debe rendir cuentas de inmediato por el perjuicio sufrido por uno de sus miembros y encontrarle una causa. Un culpable de carne y hueso. Por otra parte, la víctima, distinguida por los medios de comunicación, se encuentra en la primera plana, al igual que los campeones o estrellas de cine. De repente célebre, la víctima sale de la masa por su desgracia, brillante en toda su inocencia (2009: 22).

Con respecto a la inocencia y a la imposibilidad de elección, podemos ver operando este *leitmotiv* en casos de justicia por mano propia, como el bautizado episodio del “médico que

mató a un ladrón” (*Clarín*, 2016), donde Daniel Villar Cataldo disparó cuatro veces contra Ricardo Krabler, quien habría intentado robarle el vehículo que estaba estacionado en la puerta de su consultorio. Quien cometió el asesinato fue insistentemente mencionado por la prensa como “médico”, debido a la necesidad de presentarlo como un hombre profesional, aún cuando ese atributo no tuvo ninguna relevancia informativa. Sin embargo, se trata de una operación significativa que intenta presentarlo como un sujeto inocente, trabajador, fuera de toda sospecha, para encarnar el lugar de víctima.

En el programa televisivo *Animales Suetos* (emitido por el canal *América*), Cataldo fue entrevistado por el periodista Alejandro Fantino, quien lo interpelló indicando que no debería estar allí. Al igual que el presidente Mauricio Macri, quien indicó públicamente que el médico debía estar en su casa y no detenido, el periodista apeló a imposibilidad de elección de la víctima y a su inocencia. Cataldo no debía estar allí porque era un hombre como cualquier otro, a diferencia de quienes eligen el delito como forma de vida; es decir, el “ladrón”, según el sintagma con el que fue calificado mediáticamente el caso.

Además de que el punto de discusión nodal giró en torno a la legitimidad de que una persona pueda ejercer justicia por sí misma, aún con el riesgo de quitar una vida, la operación discursiva que aparece en *Clarín*, *La Nación*, y en los programas televisivos como *Intratables* y *Animales Suetos*, fue la de presentar a Cataldo como la víctima y a Krabler, a pesar de que fue quien falleció, como el victimario. Del mismo modo, tanto el presidente de la Nación, como la gobernadora de la provincia de Buenos Aires, María Eugenia Vidal, y la ministra de seguridad de la Nación, Patricia Bullrich, indicaron que la víctima era el médico y no el joven asesinado (*Todo Noticias*, 2016).

La posición del dolor se vuelve un espacio a ser disputado, como lo demuestran marchas con gran atención periodística como la denominada “Para que no te pase”: una movilización organizada por Las Madres del Dolor, víctimas de Cromañón, familiares de José Luis Cabezas, y otras organizaciones. La marcha, cuya consigna era “contra la inseguridad, la impunidad y la injusticia”, tuvo como principal rostro colectivo a las *facialidades victimistas*, que operan como símbolos que se asocian metonímicamente con toda la ciudadanía, excepto quienes no son considerados ciudadanos.

Santiago Roberto Mazzuchini

Vol. 1, N.º 54 (abril-junio 2017)



Figura 1. Imágenes del spot “Para que no te pase”. Reproducido en *Info Región*, 2016, recuperado de <http://www.inforegion.com.ar/noticia/204411/para-que-no-te-pase-una-marcha-nacida-del-dolor-y-el-reclamo>

A diferencia de otro tipo de reclamos, como los realizados por partidos políticos y organismos de Derechos Humanos, en marchas como la mencionada no se hace referencia a una colectividad política sino moral, haciendo hincapié en la biografía personal de familiares y víctimas, a través del recurso a un *pathos* que se expresa de manera primordial en los primeros planos televisivos y la exhibición fotográfica de retratos de víctimas, que interpelan con su mirada (Figura 2).



Figura 2. Concentración en la Plaza del Congreso. Foto de Santiago Filipuzzi, *La Nación*, 2016.

Los recursos de banderas y pancartas retoman la tradición de la iconografía de protesta en Argentina, que surge con los reclamos de organismos de derechos humanos, pero se diferencia de estos en su imposibilidad de definirse bajo los modelos de movilización política clásicos. Sin embargo, existen conexiones entre ambas estéticas y éticas políticas, que marcaremos a continuación.

La víctima en la iconografía de izquierda

Si los mecanismos de victimización que responden al dispositivo *victimista* se han convertido en un *agenciamiento* que prevalece en la producción de experiencias y modos de ser contemporáneos, ya que la víctima se define como “una forma histórica de subjetivación, la cual involucra planos cognitivos, jurídicos, sociales, éticos, etc.” (Cerruti, 2015: 3), cabe preguntarnos por el modo en que se visibiliza el *victimismo* en el campo de la política de las izquierdas. Como se ha indicado en trabajos anteriores (Mazzuchini y Sganga, 2014; Mazzuchini, 2016), las *rostridades* de militantes asesinados por fuerzas policiales (como ocurrió con el caso de Darío Santillán y Maximiliano Kosteki), o para-estatales (como el asesinato de Mariano Ferreyra), se vinculan con estéticas de la tradición iconográfica cristiana, que ha producido las figuras *martíricas* de Cristo. El encuentro de estas formas con las imágenes militantes se puede apreciar en distintas fotografías popularizadas del Che Guevara (Mestman, 2003). Sin embargo creemos que, a diferencia del modo recurrente de retratar al mártir de izquierda ligado a lo sacrificial-heroico que condensa el símbolo de la revolución, como es el caso paradigmático del Che, en los retratos de Darío, Maximiliano y Mariano, se encuentra funcionando un reclamo de justicia que re-configura ese modo de concebir las *rostridades de izquierda*. La figura de Guevara no funciona a través de la lógica de la víctima contemporánea, sino a partir de la del mártir-héroe, ligada indefectiblemente a Cristo. Como vemos en las figuras 3 y 4, la comparación entre ambas fotografías expresa la tensión entre un *pathos* y un *ethos* revolucionario, que sintetiza la figura del militante guerrillero.



Figura 3. *Guerrillero Heroico* (Korda, 1960).



Figura 4. Imagen del cadáver del Che (Alborta, 1967).

Si como marca Cerruti, este dispositivo de victimización comienza a reforzarse en la década del 90, es sintomática la irrupción de los *stencils*, murales y banderas de los rostros de Maximiliano Kosteki y Darío Santillán, donde se articula un pedido de justicia por sus asesinatos. Sucede entonces que las imágenes de los militantes ejecutados en el puente Pueyrredón, instituyen una nueva relación sobre la ya instituida *rostridad* que erige el modelo del Che Guevara. Además de representar o reivindicar la heroicidad, se erige un reclamo. Es en esta línea en la que aparecen luego imágenes de rostros de Julio López, Carlos Fuentealba, Luciano Arruga y Mariano Ferreyra. Como lo indica la Figura 5, se trata de “Rostros en Democracia”, presencias que marcan no sólo la ausencia de esos cuerpos, sino también una reparación.

Asistimos entonces a nuevas conexiones, pues si la imagen del rostro del Che instituyó un modo de hacer presente la figura de un héroe y símbolo de la militancia, las imágenes de Maximiliano y Darío se apoyan en esta institución para generar una nueva remisión y por tanto una nueva institución, un nuevo *agenciamiento*: no sólo son héroes, figuras ejemplares, sino que también son víctimas y símbolos de reclamos al Estado. Es decir, también fuera del discurso securitario se observa la hegemonía del *victimismo*.



Figura 5. Volante de la agrupación Hijos La Plata. Recuperado de <http://hijosprensa.blogspot.com.ar/2011/10/marcha-un-ano-del-asesinato-de-mariano.html>

La víctima que no es: Milagro Sala

En enero de 2016, la militante social jujeña Milagro Sala fue arrestada debido a un acampe que realizaron diferentes cooperativas en reclamo contra el gobernador de Jujuy, Gerardo Morales. Actualmente permanece detenida, sin un juicio que justifique el encarcelamiento. La situación de la líder de la organización barrial Túpac Amaru fue señalada por organismos nacionales e internacionales (Centro de Estudios Legales y Sociales, las Naciones Unidas, Amnistía Internacional y Human Rights, entre otros), como una violación a los derechos humanos por parte del Estado, caracterizando el hecho como un encarcelamiento de carácter político (1). Aún cuando no hablamos de una vida perdida como en los casos anteriormente señalados, sí podemos hablar de una muerte simbólica, debido a las constantes vulneraciones de los derechos de Milagro Sala y al desclasamiento de su figura.

Entre otros referentes periodísticos, Joaquín Morales Solá llamó a no convertirla en mártir, pues “no merece serlo” (2016). Este silenciamiento de los reclamos por su libertad también se observan en las escasas imágenes de pedido de liberación que circulan en la iconografía de izquierda, debido al vínculo que la militante tiene con el *kirchnerismo*. Sin embargo, existen

instituciones que han revalidado su figura a partir de operaciones similares a las detalladas más arriba (Figura 6).



Figura 6. Mural de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de La Plata (Mazzuchini, 2016).

En la Modernidad, el rostro no sólo está ligado a métodos de control biopolítico, como indican Deleuze y Guattari (2008), sino también al reconocimiento de la dignidad de las personas, ya que se trata del “territorio del cuerpo donde se inscribe la distinción individual. Desde el principio el rostro es sentido. Ningún espacio es más apropiado para marcar la singularidad del individuo y señalarla socialmente” (Le Breton, 2010: 50).

Las campañas y acciones que se llevaron a cabo para visibilizar y hacer público el rostro de una víctima, cuyo caso no fue denunciado por los medios identificados como opositores al *kirchnerismo*, hacen uso de aquellos repertorios propios de la iconografía política y de protesta, produciendo identificaciones entre la *rostridad* de Milagro Sala y aquellos que reclaman su liberación.

Manifestaciones impulsadas por artistas y famosos, afines con el movimiento liderado por Cristina Fernández de Kirchner, disputan el lugar de víctima que debe ocupar por derecho la militante jujeña, poniendo en funcionamiento el dispositivo *victimista*. Pero, a diferencia de los modelos morales, aquí entran en juego tradiciones iconográficas que colectivizan el rostro de la víctima, como sucede con los casos de mártires-héroes militantes (Figuras 7 y 8).



Figura 7. Spot a favor de la liberación de Milagro Sala (fotografía recuperada de *Minuto Uno*, 16 de enero de 2017).



Figura 8. Muestra “Libertad a Milagro: artistas visuales por una democracia sin presos políticos”. Centro Cultural de la Cooperación (Barragán, 2017).

La triple estigmatización que sufre Sala, la de ser mujer, proveniente de las clases populares y *kirchnerista*, la convierte en un objeto de “linchamiento” mediático, que acciones como las que observamos en la figura 5, intentan reducir. El caso de Milagro es un síntoma que evidencia

que determinados sujetos son excluidos del reconocimiento colectivo de su dolor y padecimiento, hegemonizado por la lógica mediática. Quien se ve envuelto en un caso de violencia, es considerado víctima o es criminalizado. Tanto la criminalización como el *victimismo* son dispositivos que se retro-alimentan y funcionan en base a la exclusión, la diferenciación y la integración. Solo quien es absorbido por la *rostridad* dominante, podrá ser víctima o le deparará el destino de la criminalización.

Existen otros casos de violencia, como la represión ocurrida en 2010 por la ocupación del Parque Indoamericano, donde opera la exclusión y el olvido. En aquel episodio, mil quinientas familias de clases bajas que intentaron tomar el predio fueron cercadas por fuerzas de seguridad durante varios días, y sometidas a una serie de estigmatizaciones de otros habitantes del barrio y de los medios de comunicación. Luego de una serie de tiroteos, tres personas fueron asesinadas. El silencio sobre los nombres de quienes murieron y la ausencia de imágenes de sus rostros, nos hablan de un olvido que no es azaroso. Cabría preguntarse nuevamente por los *seres matables* (Pita, 2010), aquellos *homo sacer* que no tienen derecho a persistir en la memoria de los vivos.

Es posible que ni Darío Santillán ni Maximiliano Kosteki, tratados casi como animales por los policías que los asesinaron, ni Mariano Ferreyra, hayan podido ser restituidos en su humanidad *post-mortem*, si no fuera por los miles de militantes que levantaron sus rostros en pancartas y gritaron sus nombres. Queda preguntarnos entonces: ¿Quién grita los nombres de Bernardo Salgueiro, Rosemary Chura Puña y Emiliano Canaviri Alvarez, asesinados en el Parque Indoamericano? ¿Quién muestra aquellos rostros?

Notas

(1). En un comunicado conjunto entre el CELS, Amnistía Internacional y la organización no gubernamental ANDHES (2017), se sostiene que la detención de Milagro Sala “viola garantías del debido proceso y su presunción de inocencia. A esto se suman dos condenas -una penal y otra contravencional- por hechos de protesta que tienen consecuencias negativas para el ejercicio de este derecho”.

Bibliografía

Agamben, G. (2009). *Signatura rerum*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo editora.

- Agrupación Hijos de La Plata (2017). (Volante). Recuperado de <http://hijosprensa.blogspot.com.ar/2011/10/marcha-un-ano-del-asesinato-de-mariano.html>
- Alborta, F. (1967). Imagen del cuerpo fallecido del Che (fotografía).
- Barragán, M. (2017). "Libertad a Milagro: artistas visuales por una democracia sin presos políticos", (muestra fotográfica). Centro Cultural de la Cooperación, Buenos Aires, Argentina.
- Calzado, M. (2016). "Violencia, víctimas y mediatización. Un acercamiento empírico a la conformación de subjetividades en las sociedades de seguridad". En *Delito y Sociedad*, 1(37), pp. 41-60.
- Calzado, M. & Van Den Dooren, S. (2016). "¿Leyes Blumberg? Reclamos sociales de seguridad y reformas penales". En *Delito y sociedad*, 1(27), pp.97-113.
- CELS, Amnistía Internacional y ANDHES (16 de enero de 2017). "Milagro Sala: un año de detención arbitraria", (comunicado de prensa). Recuperado de <http://www.cels.org.ar/web/2017/01/milagro-sala-un-ano-de-detencion-arbitraria/>
- Cerruti, P. (2015). *Genealogía del victimismo. Violencia y subjetividad en la Argentina posdictatorial*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.
- Clarín (01 de septiembre de 2016). "Un testimonio clave en el caso del médico que mató al ladrón". Recuperado de http://www.clarin.com/policiales/testimonio-clave-caso-medico-ladron_0_r1_ajlUs.html
- Deleuze, G. (1990). *Michel Foucault, filósofo* (pp. 155-163). Barcelona: Gedisa.
- Deleuze, G. y Guattari, F. (2008). *Mil Mesetas*, Barcelona: Pre-Textos.
- Didi-Huberman, G. (2014). *Pueblos expuestos, pueblos figurantes*. Buenos Aires: Manantial.
- Dipaola, E. M. (2013). *Comunidad impropia. Estéticas posmodernas del lazo social*. Buenos Aires: Letra Viva.
- Eliacheff, C. & Larivière, D. S. (2009). *El tiempo de las víctimas*. Madrid: Ediciones Akal.
- Foucault, M. (2007). *Nacimiento de la biopolítica*. Buenos Aires: FCE.
- Hall, S. (2003). "Introducción: ¿quién necesita identidad?". En *Cuestiones de identidad cultural*. S. Hall y P. Du Gay (Comp.). Buenos Aires: Amorrortu.
- Info Región (2016). "Para que no te pase" (spot). Recuperado de <http://www.inforegion.com.ar/noticia/204411/para-que-no-te-pase-una-marcha-nacida-del-dolor-y-el-reclamo>
- Korda, A. (1960). Guerrillero heroico (fotografía).
- Le Breton, D. (2010). *Rostros: ensayo antropológico*. Buenos Aires: Letra Viva.

- Mazzuchini, S. (2011). "La inseguridad como horizonte de sentidos: el procesamiento mediático del caso Luciano Arruga". En *Revista Sinécdoque*, 1, pp. 29-35.
- Mazzuchini, S. (2016). Mural de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de La Plata (fotografía).
- Mazzuchini, S. (2016). "Mariano Ferreyra: la insistencia de un rostro". En XVIII Congreso Redcom *Comunicación, derechos y la cuestión del poder en América Latina*, Buenos Aires.
- Mazzuchini, S. y Sganga, M. E. (2014). "Mariano Ferreyra: la insistencia de un rostro" (tesina de licenciatura). Carrera de Ciencias de la Comunicación, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.
- Mestman, M. (2003). "La imagen de Che-Cristo en el cine político y la fotografía de prensa". En *Letterature d' America*. 3(95), pp. 125-153.
- Morales Sola, J. (2016). "Milagro Sala, un serio problema en la política exterior". En *La Nación* (04 de diciembre de 2016). Recuperado de <http://www.lanacion.com.ar/1962123-milagro-sala-un-serio-problema-en-la-politica-exterior>
- Pita, M. V. (2010). *Formas de morir y formas de vivir: el activismo contra la violencia policial*. Buenos Aires: Editores del Puerto.
- Todo Noticias* (31 de agosto de 2016). "Para Vidal el médico que mato al ladrón fue víctima de un delito". Recuperado de http://tn.com.ar/politica/para-vidal-el-medico-que-mato-al-ladron-fue-victima-de-un-delito_707882
- Vilker, S. (2009). "La política frente a la inseguridad como condición existencial". En *Cuadernos Críticos de Comunicación y Cultura*, pp. 207-213.